



Rock around Spain. Historia, industria, escenas y medios de comunicación

Kiko Mora y Eduardo Viñuela (eds.)
Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2013
263 páginas

Reseña por Juan Carlos Rodríguez Centeno

Desde su irrupción a principios de los años cincuenta en Estados Unidos la música rock se ha erigido en una de las manifestaciones más importantes de la cultura popular. Una importancia que se constata a nivel económico, industrial, mediático, sociológico y hasta político. Sin embargo, en España, no ha tenido la misma consideración desde el ámbito académico, probablemente porque el marchamo “popular” no casa bien con el clásico elitismo universitario, que tradicionalmente y salvo raras excepciones ha dado la espalda al estudio riguroso y libre de prejuicios de diversas manifestaciones populares. Afortunadamente desde hace pocos años algunos investigadores han decidido fijar su mirada más allá del muro de lo académicamente admisible y dar entrada a discursos como el comic, la series de televisión, y en menor medida la música pop y rock y someterlos al mismo tratamiento analítico que a otros temas “elevados”, pongamos como ejemplo la poesía del Siglo de Oro o el cine de Ingmar Bergman.

La publicación que nos ocupa, extraordinaria en muchos sentidos, es un buen reflejo de los nuevos tiempos. Investigadores y docentes de varias universidades españolas, provenientes de distintas ramas del conocimiento (filosofía, ciencias de la comunicación, historia del arte, etc.) con una pasión común, el rock, y un acercamiento al objeto de estudio con un exigente rigor académico en la mayor parte de las aportaciones. Algunos de los firmantes combinan su actividad universitaria con el ejercicio práctico de la materia, como es el caso de uno de los editores Kiko Mora, profesor en la Universidad de Alicante y cantante del grupo Leviatán; y Eduardo G. Viñuela, becario FPU de la Universidad de Oviedo y teclista de Senogul. Entre los autores también encontramos a profesionales de la industria musical como Igor Paskual (guitarrista y escritor), Carlos Galán (creador del sello Subterfuge), y algunos periodistas especializados, como Luis Clemente y el célebre locutor radiofónico Juan Pablo Ordúñez “El Pirata”.

La obra se articula en cuatro bloques temáticos. El primero dedicado a la historia del rock en España, desde su llegada y expansión a partir de la segunda mitad de la década de los cincuenta hasta la primera década del siglo XXI. En este apartado Eduardo García Salueña rememora los primeros años, las vías de entrada propiciadas por los acuerdos de Franco con los Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría que trajeron las bases militares y con ellas parte de la cultura norteamericana, entre la que se encontraba el rock de Elvis, Jerry Lee Lewis, Carl Perkins, Chuck Berry y otros

muchos pioneros. Con esta semilla germinó el rock español de la mano de Los Estudiantes, Los Pájaros Locos, Los Pekenikes, Los Sonor, Micky y los Tonys, Los Relámpagos y otros muchos que contaban en sus filas con jovencísimos músicos que con el tiempo se convirtieron en piezas fundamentales de la industria y de la cultura musical española de la segunda parte del siglo XX, como Fernando Arbex, Juan Pardo, Junior, Manolo Díaz, Micky, los hermanos Mayolas, Tony Luz, Teddy Bautista, Miguel Ríos y otros muchos; e incluso algunos que triunfaron para el gran público con registros musicales muy distintos pero que se iniciaron en el mundo de la música de la mano del rock como Luis Eduardo Aute y Camilo Sesto. El capítulo de García Salueña transcurre desde estos orígenes, pasando por la década prodigiosa de los sesenta que dio a la historia de la cultura popular grupos extraordinarios como Los Brincos, Los Bravos, Los Canarios, Los Sirex y Los Mustang, picos de un iceberg que se fue derritiendo a finales de la década para dar paso a las nuevas tendencias que triunfarían en los primeros setenta: la sicodelia, el rock progresivo, el primitivo rock urbano, el folk-rock, el heavy metal y otras variaciones.

Fernán del Val centra su aportación en la denominada “década de oro del rock español”, es decir los ochenta, que tiene sus orígenes en el estallido del punk y la inminentemente posterior nueva ola que en España se enmarcaría en la convulsa Transición. Como acertadamente señala el autor, no solo los ochenta fueron “Movida” y no solo fue Madrid, aunque la débil memoria histórica los relacione casi exclusivamente y tampoco (y esto es cosecha del que firma esta reseña) hay que minimizar la importancia que tuvo para la revitalización industrial y cultural de la música popular española. Así encontramos en la misma década nombres como Pegamoides, Paraíso, Nacha Pop, Radio Futura, Gabinete Caligari (Movida madrileña); junto a Loquillo y Trogloditas, Siniestro Total, Rebeldes, 091 (movidas periféricas); Leño, Coz, Topo, Burning (rock urbano) Barón Rojo, Obús (heavy metal), y otras corrientes como el incipiente tecno-pop (Video, Mecano), y hasta el pijo-poprock (Hombres G).

Este bloque concluye con el capítulo de Igor Paskual dedicado a la última década del siglo XX y la primera del nuevo siglo. El autor sitúa el “terremoto” Nirvana como frontera del cambio, del paso de un rock anquilosado y ombliguista, adocenado y rentista al indie como revitalizador de las clásicas esencias del rock: rebeldía, furia, desencanto, descaro, nihilismo y provocación. Esta vez la mecha estalló en la periferia, probablemente porque la gran industria disquera madrileña seguía exprimiendo la marca Movida, y los pequeños sellos con Subterfuge a la cabeza todavía no habían roto su techo con Dover como punta de lanza. Desde Gijón (Penélope Trip, Australian Blonde, Manta Ray), Zaragoza (El Niño Gusano), Barcelona (Beef), y especialmente Granada, convertida en la capital del reino indie con Los Planetas como reyes y una nutrida y exitosa corte. Paskual recorre el ascenso, triunfo y declive del indie nacional con una lúcida contextualización sociopolítica y económica del país, que refleja lo que supuso para la industria cultural y musical el ascenso del PP al poder, los años de bonanza, la burbuja festivalera y el triunfo de los programas televisivos de búsqueda de “talentos” musicales.

El segundo bloque temático dedicado a la industria musical se inicia con un capítulo de Héctor Fouce donde se analiza la situación de las discográficas en los primeros años de la Transición, caracterizada por la reconversión o desaparición de sellos clásicos, la llegada de nuevas disqueras internacionales y el nacimiento de las

“independientes”. Estas últimas fueron en gran medida las grandes promotoras de los grupos que protagonizarían la escena musical española de los ochenta ante la “miopía” de los grandes sellos que solo reaccionaron cuando las listas de ventas se coparon de nombres que habían rechazado o ninguneado y lo hicieron a golpe de talonario, bien fichando a los grupos o directamente adquiriendo las disqueras independientes. No es arriesgado afirmar que la Edad de Oro del Pop y el Rock español no habría sido igual si no hubieran existido DRO, GASA, Tres Cipreses, Nuevos Medios, Twins, y otras muchas.

Fouce también reseña la importancia que en los setenta tuvieron dos sellos que por derecho han entrado en la mitología del rock hispano. Por un lado Gong (subsello de Movieplay) creado por Gonzalo García Pelayo, alma mater, junto a Ricardo Pachón del denominado rock andaluz, y en el que grabaron Triana o Lole y Manuel. El segundo sello fue Chapa (subsello de Zafiro), auspiciada por el locutor y productor Mariskal Romero, que se convirtió en la rampa de lanzamiento del rock urbano y el proto-heavy nacional editando a formaciones como Asfalto, Ñu, Topo y Leño.

Carlos Galán, creador de Subterfuge Records, testimonia en su capítulo los orígenes y evolución de su discográfica, desde el nacimiento del fanzine en 1989, su realización artesanal y su modesta distribución por los bares de Malasaña, la inclusión posterior junto al fanzine de discos de siete pulgadas de grupos cuya vinculación con el editor tenía más de amistad que potencial económico, hasta la llegada de Australian Blonde y su “Chup chup”, primer gran himno del indie patrio y que supuso para Subterfuge un salto de calidad y cantidad. Progresivamente el fanzine pierde relevancia a favor de la disquera que se convierte en referencia obligada de los primeros noventa hasta la llegada de Dover y su Devil came to me y los más de medio millón de discos vendidos, lo que supone hasta la fecha el mayor éxito de una “independiente”, y seguramente a tenor de las cifras de ventas de los últimos años el mayor éxito de toda la historia entre los sellos que decidieron plantar cara a las poderosas “majors”.

El tercer bloque está dedicado a las escenas musicales periféricas y contiene cuatro aportaciones. La primera, firmada por Roberto Moso, se centra en el rock radical vasco, su significado, sus confusos orígenes, su contextualización en un periodo histórico convulso donde la mezcla de violencia política, reconversión industrial dramática, activismo juvenil y agitación social formaron el caldo de cultivo para que emergiera el movimiento musical de mayor contenido ideológico y reivindicativo de la historia del rock español. El rock radical vasco, que se nutre de las bilis del punk, del ska y del rock urbano entre otras influencias, engendró algunas formaciones que situaron sus canciones en la categoría de himnos canalizadores del desencanto y con los que la parroquia más joven se rompía las gargantas en bares y conciertos. De alguna forma revitalizó la por entonces denostada canción protesta que había triunfado casi una década antes. Algunos grupos llegaron a conocer el éxito con mayúsculas, Barricada, Kortatu, La Polla Records; y otros conocieron un fugaz destello que se apagó muy pronto más allá de las lindes del País Vasco: Cicatriz, Eskorbuto, Hertzainak.

Álex Gómez Font desarrolla en su capítulo la evolución del rock en Cataluña desde la década de los 50 hasta la actualidad. En los orígenes del rock en Barcelona destacan dos nombres, por un lado Los Pájaros Locos y por otro el Dúo Dinámico, brillantes antecedentes de los gloriosos sesenta que reunió a un póker legendario: Los Sirex,

Los Mustang, Lone Star y Los Salvajes. La década de los setenta supuso el protagonismo del rock Layetano, un etiqueta que englobaba varios estilos musicales aunque dominados por el rock progresivo y la psicodelia que habían estallado al final de los sesenta. Grupos como Máquina! Cerebrum, Fusioon y Iceberg supusieron la cima de un estilo que la llegada del punk arrinconó y dio paso a nuevas corrientes, desde la urgencia ruidosa de La Banda Trapera del Río (para algunos el primer grupo punk de España), el revival rockabilly de la primera etapa de Loquillo y Los Trogloditas y Los Rebeldes, los primeros proyectos del dúo Manolo García-Quimi Portet y las formaciones que cantaban rock en catalán y que conocieron un éxito considerable: Sopa de Cabra, Sau y Els Pets, entre otros muchos.

La tercera aportación de este bloque es de Luis Clemente, que se centra en el rock andaluz, al que inmediatamente describe no como el rock que hizo y se hace en Andalucía, sino como la música hecha por “músicos de rock con pasión por el flamenco y gustos arabizantes”. El rock andaluz gozó su época de esplendor en la década de los setenta, y tiene a los hoy mitificados Smash como brillante antecedente gracias a la aportación de Manuel Molina a una formación de origen hippy-progresivo. No obstante el experimento seguramente no hubiera llegado a donde llegó sin la figura del periodista y luego productor Gonzalo García Pelayo, creador del sello Gong, donde dio amparo, medios y difusión a lo más granado del género: Gualberto, Goma, Imán, Cai, Medina Azahara, Tabletom, y sobre todo los primeros discos de Triana, que llegaron a romper el mercado propio y arrasaron en las listas mainstream llegando a conseguir un triple disco de platino. La nueva ola que despegó en los ochenta y la muerte de Jesús de la Rosa supuso el declive y arrinconamiento del rock andaluz, que tuvo que esperar muchos años para que fuera reivindicado por las nuevas hornadas.

El último capítulo de este bloque periférico lo dedica Gonzalo Cifuentes al rock de Galicia, iniciando el periplo por la movida viguesa que dejó algunos nombres para la historia del rock nacional: Siniestro Total, todavía en activo gracias a la perseverancia de su fundador Julián Hernández; Golpes Bajos, probablemente la formación de mayor calidad pese a su corta trayectoria; el desparpajo pop-punk de Aerolíneas Federales y Os Resentidos cuyo single Galicia Caníbal hizo cantar en gallego a toda España.

Los noventa dieron paso a la etiqueta rock bravú, mezcla de estilos que tenían en común la defensa y el orgullo de la identidad gallega. A diferencia del rock radical vasco que encontró eco más allá de las fronteras vascas, los representantes del rock bravú apenas trascendieron al resto de la península, con algunas excepciones como Os Diplomáticos do Monte alto, que gozaron de cierta repercusión. Otros grupos destacados fueron O caimán do río Tea, Os Papaqueixos y Os Rastreros.

El último bloque temático está dedicado a los medios. Varios autores analizan y reflexionan sobre las vinculaciones entre los medios de comunicación y el rock, su historia, su evolución y en algunos casos su (triste) presente. Las aportaciones se centran en la prensa musical, la radio, la televisión y la publicidad.

En definitiva una publicación muy recomendable y necesaria para los lectores que deseen profundizar en el devenir histórico del rock español y una muestra plausible de integración de la música popular y la investigación universitaria.